

111. San Gabriel de la Dolorosa

Entre los jóvenes que han escalado los altares en nuestros tiempos, destaca uno la mar de simpático: se quiso llamar Gabriel de la Dolorosa, aunque su nombre de pila fue Francisco Possenti, nacido en la misma ciudad de Asís, como su Santo Patrono. Sus papás, magníficos. Él era el gobernador de la Provincia, y ella una mujer elegante, encantadora, hecha como anillo al dedo para su estupendo esposo. Los dos, generosos con Dios, le han dado ya diez hijos, pero faltaba el florón de la familia: el undécimo, Francisco.

Cuatro años de felicidad familiar, sin sombra alguna. Pero un día se agrava la mamá, y pide y exige:

- *¡Francisco, Francisco, que venga Francisco!...*

Se lo pone a su lado en el lecho de moribunda, lo besa con cariño inmenso, y, al ver que ella se va, le pide a la Virgen que cuide de él de una manera especial, como madre verdadera.. El vivaracho Francisco recoge el último beso de la mamá y lo pasa a la Madre del Cielo, porque la mamá de la tierra ya no le va a besar más... Francisco llegará a ser un Santo muy grande, y el secreto de su santidad será precisamente María, la Madre de Jesús y la Madre suya.

Niño juguetón e impulsivo, un día se lanza contra la puerta y se fractura la nariz. Le encanta la caza de los pájaros, y los pajaritos que bendecía el Padre San Francisco por aquellas mismas campiñas y bosques, son ahora los que atrae nuestro chico a su jaula... Después, irá con escopeta detrás de las liebres...

Pero si a enredón y a cazador le ganan pocos, tampoco le ganan a aplicado en las clases, pues será siempre un estudiante brillantísimo. Jovencito, se da con otros compañeros a leer novelas, de las que dirá después: *Parecían libros inocentes, y eran libros del diablo.*

Su juventud, divertida, alegre, despreocupada, aunque muy sana moralmente... Clava los ojos en una chica que le encanta. Los dos se quieren..., pero la Virgen María estaba al tanto, y una día le va a decir: *-A ti no te quiero con ella...* Y se lo dijo de una manera bonita. Asiste a una procesión en la ciudad de Spoleto, donde vive la familia, y al pasar la imagen de la Virgen, siente que la Madre del Cielo le dice con cariño, pero exigente *-Francisco, ¿qué estás haciendo? Tú no estás hecho para el mundo. Sigue cuanto antes tu vocación.*

Francisco se sale de la fila, rompe en llanto, y se decide: *-¡Ahora, sí! Pasionista, y nada más.*

Pasionista, precisamente. Una joven Congregación que se distinguía por una austeridad de vida tan fuerte que el mismo papá de Francisco, a pesar de ser tan buen cristiano, se la desaconseja: *-Tú no vas a poder con ella...* Pero la suerte estaba decidida. Sacerdote y religioso con una entrega total.

Ingresa en el convento, y le preguntan: *-¿Cómo dice que se quiere llamar?* Y Francisco, muy seguro de sí: *-Me llamaré Gabriel de la Dolorosa. Acompañando siempre a la Virgen en sus Dolores, me abrazo con la cruz, para permanecer en el Calvario junto a María, mi Madre bendita.*

Cinco años nada más va a durar su vida religiosa y de seminarista. Cinco años pasados en la vida ordinaria del convento y del colegial. Cinco años rutinarios: oración, estudio, compañerismo en los recreos... Pero cinco años tan llenos de energía, de entrega, de

devoción, de amor a Jesús y a la Virgen, que van a hacer del joven Gabriel un héroe del deber y de la santidad.

Su padre le había dicho:

- *Si no te sientes bien, vuelve a casa. Tu padre te espera con los brazos abiertos.*

Pero Gabriel contesta a su padre, cristiano tan ejemplar:

- *Papá, no cambio un cuarto de hora pasado delante de la imagen de la Virgen Dolorosa, con un año de espectáculos y de diversiones.*

Como había sido un muchacho tan divertido, algunos se temían no fuese todo aquello una ilusión. Pero su Padre espiritual tranquiliza a todos: -*¿Gabriel?... Sí, era un poco ligero. Pero la gracia de la vocación lo ha arreglado todo. Gabriel será un santo.*

¿Podemos buscar el secreto de su santidad, tan grande y tan simpática al mismo tiempo?... La vida de Gabriel era la normal de un estudiante. Pero todos sabemos que esa vida ordinaria está llena de pequeños sacrificios. Gabriel siente, como todos, el cansancio, el aburrimiento, la rebeldía de las pasiones. Cuesta rezar, cuesta estudiar, cuesta cumplir con la regla religiosa. Pero, cada vez que se presenta un sacrificio, se hace esta pregunta:

- *¿Y se lo vas a negar a María?...*

¿Con lo que Gabriel quiere a la Virgen!... Esta pregunta le deshace. Y se responde, por duro que sea el sacrificio:

- *¡Por ti, Madre!...*

Y como a la Virgen no le negó nunca un sacrificio, sino que por ella cumplió inexorablemente todos sus deberes, Gabriel, con solo cinco años de estudiante en el convento seminario, llegó a la santidad más encumbrada.

Un día le pregunta a su Director:

- *Dígame, Padre, ¿cree usted que hay en mi corazón una simple cosilla que no agrade a Dios? ¡Le juro arrancarla de raíz!...*

Así es de generoso Gabriel con Dios. Y así le llega el fin. No podrá ser sacerdote, como era su sueño. Antes de acabar la carrera, es un fruto que está maduro plenamente para el Cielo.

Y al Cielo se iba el 27 de Febrero de 1862, en pleno invierno, desde aquellas alturas del imponente Gran Sasso cubierto de nieve, en cuyas laderas se asienta el convento de los Pasionistas.

Hoy, es un santuario de belleza sin igual, a donde acuden en masa los peregrinos, atraídos por la figura tan querida de este joven, que se hizo santo guiado por la mano maternal de María...